

Nuevos espacios de sociabilidad de los estratos ascendentes: mecanismos de segregación espacial y articulación social en un club de golf.

Rodolfo Iuliano.

Cita:

Rodolfo Iuliano (2007). *Nuevos espacios de sociabilidad de los estratos ascendentes: mecanismos de segregación espacial y articulación social en un club de golf*. VII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-106/240>

Nuevos espacios de sociabilidad de los estratos ascendentes: mecanismos de segregación espacial y articulación social en un club de golf

Rodolfo Iuliano

CONICET-CIE-UNSAM-UNLP

rodolfoiuliano@gmail.com

INTRODUCCIÓN

“Por ello es necesario volver a esos lugares todos los días a ver y hacerse ver; lo contrario equivale a desarraigarse, a quedar a un lado, a dejar de contar. Por estos motivos, los golpes psicológicos más rudos que Perón asestó a la oligarquía, fueron, a pesar de su aparente superficialidad, la supresión de la Sociedad de Beneficencia, el incendio del Jockey Club y la democratización del Teatro Colón. La oligarquía se encontró de pronto dispersa, aislada, sin medios de comunicación, todos los hilos estaban cortados.”
Juan José Sebrelli, Buenos Aires, vida cotidiana y alienación

En este trabajo nos proponemos estudiar el tipo de relación que se establece entre la dimensión espacial y la dimensión social en un club de golf de la localidad bonaerense de Tres Cristos.¹ Para ello vamos a prestar especial atención a las múltiples determinaciones que existen entre el reticulado territorial de este espacio de sociabilidad y el entramado de relaciones sociales que se estructuran en torno suyo.

Tomando en cuenta que *“... la actividad deportiva, en la forma extrema que asume en los elegantes clubs de golf, tiro y polo, es un mero pretexto para encuentros selectos o, por decirlo de otra forma, una técnica de sociabilidad, como el bridge o el baile”* (Bourdieu, 1993), intentaremos explorar cómo la contigüidad espacial de las interacciones que se dan cita en torno a la práctica de golf, contribuye a la estructuración de redes sociales de diversa índole, y en diferentes escalas.

Finalmente, debemos dejar planteadas dos intenciones analíticas: 1) intentaremos abordar nuestro objeto de estudio desde una perspectiva que retome ciertos lineamientos fundamentales de la geografía social, si por ella entendemos a *“la ciencia de los lugares creados o reformados para atender determinadas funciones...”* (Santos: 51); 2) intentaremos leer el espacio y los flujos que lo habitan postergando, en alguna medida, las intenciones, sentidos y significados puestos en juego por los actores o agentes. En definitiva, intentaremos enfocar nuestro análisis hacia las posiciones espaciales y las posiciones sociales, inspirándonos en un cierto objetivismo escolástico (Bourdieu, 1991), y pronosticando para futuros avances de investigación las estampas que recojan más acabadamente la perspectiva del actor.

LA GÉNESIS DEL CLUB DE GOLF

El club de golf que nos proponemos estudiar se constituye a partir de la confluencia de dos hechos históricos de diferente envergadura: la expropiación del Glasgow Golf Club a fines de los años '40 y la exitosa campaña futbolística del Athletic Fútbol Club en los años '60.²

El 29 de noviembre de 1949 se sanciona la ley N° 5557 que faculta al gobernador de la provincia de Buenos Aires, Domingo Mercante, a expropiar el predio de la cancha de golf de los ejecutivos ingleses de la empresa Glasgow. Estas tierras fueron utilizadas, por orden expresa de Eva Perón, para la construcción de un importante parque de diversiones, el cual fue inaugurado en 1951 por el presidente Juan D. Perón. Esta expropiación, que se enmarcó en un proceso más amplio de redistribución de tierras, implicó el cierre de la cancha de golf antes mencionada, con la consiguiente dispersión de los jugadores y los “caddies”³ que allí se desempeñaban. Veinticinco años después, algunos de esos “caddies del Glasgow” dejaron atrás los tiempos de la diáspora, y se organizaron con otros interesados para fundar el Athletic Golf Club.

En esta dirección contribuyeron las destacadas campañas futbolísticas del Athletic Fútbol Club de fines de los años '60. A partir del logro del campeonato de América y del Mundo, la institución futbolística contó con suficiente dinero en sus arcas como para adquirir el predio donde hoy funciona el club de golf que estamos analizando.

Como nos manifestó Jorge, un alto directivo de la institución: *“el Athletic Golf Club empezó hace 35 años, y con un campo que no era para nada de golf se empezaron a hacer dos o tres hoyos arando la tierra y sacando árboles porque era un campo común y corriente. Había algunos árboles y hubo que sacarlos, pero sobre todo hubo que arar todo el campo para alisarlo porque era un pastizal. Eso fue al principio y fue hecho por socios del club, sin obreros. Esto lo empezaron 10 o 12 socios. Socios de Athletic Fútbol. Y otros que todavía no eran ni socios, pero que habían sido caddies en sus tiempos de juventud y a los 35, 40 años empezaron a trabajar acá. ¡Pero trabajaban arriba del tractor y arriba de las máquinas!, y todo hecho con mucho desinterés y con mucho amor. Lo que hay que destacar es el amor que pusieron, cuando Monti [ex presidente del Athletic Fútbol Club] donó estos terrenos –no donó, sino que los compró Athletic con el dinero que generó el campeonato del mundo- y dijo bueno, hagan lo que quieran, hagan una cancha de golf... con una visión de futuro ¿no?...”* (Jorge, entrevista del 28-8-06).

Esta breve reseña nos permite situar históricamente el espacio en torno al cual vamos a centrar nuestra atención, dando cuenta del doble clivaje sobre el cual se constituyó originariamente el club: ex caddies y socios de un club de fútbol.

LOS MECANISMOS ENDOGÁMICOS DE SEGREGACIÓN ESPACIAL

Dentro del perímetro que ocupa nuestro club encontramos dos cuadrantes claramente diferenciados: por un lado, las instalaciones dispuestas en torno a la entrada y por el otro, la cancha de golf, que se extiende a lo largo de varias hectáreas. En el cuadrante de las instalaciones hay una playa de estacionamiento que tiene a su izquierda el “driving” o cancha de práctica, y termina en los vestuarios y el “clubhouse”.⁴ En el primer piso de esta edificación se encuentra la confitería, mientras que en la planta baja funcionan las oficinas administrativas y la “guardería de palos”.

Los jugadores de golf, las autoridades y los empleados de planta de la institución ingresan al club en sus automóviles por la entrada principal, mientras que los caddies acceden por diferentes entradas, improvisadas a lo largo del extenso perímetro del campo de juego, usualmente caminando o en bicicleta. Los caddies se concentran en una pequeña edificación conocida como “la casilla de los caddies” provista por la institución a esos fines. La casilla se encuentra en la playa de estacionamiento, inmediatamente a la derecha de la entrada, claramente apartada de las instalaciones que usan los jugadores. Allí se agrupan los caddies y permanecen durante toda la jornada a la espera de que “salga alguna changa”.⁵ Son en su mayoría pobladores de las zonas pobres que circundan la cancha de golf, en general adolescentes y jóvenes de condición muy humilde. Crecieron jugando y corriendo por la cancha, lejos de la mirada de las autoridades del club. Tienen un vínculo de pertenencia complejo con el campo de golf, porque para algunos de ellos la cancha funciona como el jardín trasero de sus viviendas, aunque al mismo tiempo saben que es propiedad de los socios del club.

Ahora bien, dentro del club, rara vez nos encontramos con los caddies en otro lugar que no sea su “casilla”, salvo que se trate de algún desplazamiento que realizan para llegar de un punto a otro. En algunas oportunidades se los puede ver en la parte trasera del clubhouse, en torno a las escaleras que conducen a la cocina, esperando que el cocinero les de la comida del día anterior o algún plato del día.

En definitiva, si observamos la regularidad de los flujos de los cuerpos y los lugares en los que se detienen, vemos que el territorio se encuentra fragmentado por una cuadrícula más o menos estable, que parece ordenar las diferentes posiciones sociales. Podemos decir, entonces, en una primera aproximación, que en el campo de golf se instituyen espacios para agentes que ocupan diferentes posiciones sociales: los golfistas por un lado, y los caddies, por otro. Las palabras que un alto directivo de la institución nos dirigiera cuando nos acercamos por primera vez al club, ilustran nuestra afirmación. Refiriéndose al grupo de caddies que se encontraban en la “casilla” en el momento de nuestra conversación, nos manifestó que *“ellos no tienen nada que ver con nosotros, no tienen ninguna relación con el club, cuanto más lejos estén mejor”*.⁶ Como vemos, desde la perspectiva institucional hay una clara división entre dos grupos de pertenencia: “nosotros” -los golfistas y las autoridades- y “ellos” -los caddies-. Estas distancias se retraducen en y se reproducen a partir de las

distribuciones espaciales, de modo que hay lugares adecuados para “nosotros”, lugares adecuados para “ellos” y lugares donde es admisible e incluso se promueve la confluencia entre “nosotros” y “ellos”, sin que esto implique diluir las fronteras de clase entre estos dos grupos.

Podemos sostener, entonces, que los mecanismos sociales de exclusión se actualizan en términos espaciales en el club de golf: los jugadores tienen libre acceso a la confitería, los vestuarios y la cancha, mientras que los caddies pueden acceder sólo a la cancha y únicamente cuando son “contratados” por algún golfista. Tienen prohibido el acceso a la confitería, de modo que si están cargando o van a cargar la bolsa de palos de algún golfista que decide tomar algo o almorzar en la confitería, ellos deben esperarlo afuera. Tampoco pueden acceder a los mismos baños que usan los golfistas -ubicados en los vestuarios-, sino que tienen que utilizar uno pequeño que tienen instalado en la casilla de los caddies, exclusivamente para que lo usen ellos.

Otros clubes de golf más “tradicionales” han llegado incluso a establecer además de estas fronteras espaciales, asociadas a la condición social, fronteras que segregan por género, de modo que por ejemplo, las “damas” no pueden acceder a la confitería cuando es utilizada por “caballeros”, así como tampoco pueden compartir con ellos el campo de juego. Sin embargo, el club de golf que nos ocupa organiza su mapa de segregaciones espaciales fundamentalmente en torno al clivaje socio-ocupacional, mientras que las diferencias de género aparecen muy diluidas, y sólo emergen eventualmente, en un plano simbólico y residual a través de la broma.⁷ Cabe conjeturar que este rasgo “igualitario” relativo al género puede ser explicado por el origen particularmente “plebeyo” de este club, especialmente si recordamos que los fundadores del golf no fueron como en los clubes más tradicionales, ejecutivos de las empresas británicas radicadas en el país, sino ex-caddies de esos ejecutivos y socios de un club de fútbol que podríamos caracterizar como de clase media.

Finalmente, como decíamos más arriba, existen espacios previstos para la confluencia entre estos agentes de diferente extracción socio-ocupacional. Un claro ejemplo de ello es la cancha de golf, donde los golfistas salen a jugar acompañados por los caddies que cargan sus bolsas, los mismos que luego deberán esperarlos afuera de la confitería. De todos modos, aun en los espacios de confluencia, las relaciones entre estos agentes son complejas y jerárquicas: complejas porque los caddies tienen una expertiz sobre el juego y la cancha superior a la mayoría de los jugadores; y jerárquicas, porque deben poner esos conocimientos al servicio de sus “patrones”, los golfistas: deben alcanzarles los palos, limpiárselos con un trapo húmedo cada vez que golpean, mirar diestramente donde cae la bola de su patrón, asesorarlos sobre las mejores estrategias de juego y sobre las dificultades de la cancha. Los caddies confluyen con los golfistas en el campo de juego, sólo a condición de ser sus subordinados, asisten a sus patrones en un juego que no pueden jugar, a pesar de sus abultadas competencias técnicas.

Sin embargo, existe un día a la semana en que esta dinámica se modifica y el club les permite a los caddies jugar a su antojo. Se trata de los lunes, cuando el club se encuentra, desde la perspectiva de los jugadores y las autoridades, “cerrado”. Ocurre que “cerrado” significa “cerrado para socios” ya que es el único día a la semana que la cancha se encuentra “abierta” para los caddies, quienes se juntan para jugar al golf cerca de la casilla o en la playa de estacionamiento, donde las bicicletas desvencijadas toman el lugar de los lujosos automóviles de sus patrones.

Cuando llega el lunes, los chicos del barrio se convierten en jugadores, dejando para el resto de la semana su oficio de caddies. Se juntan en grupo de cuatro o más, juegan por la cerveza y comparten sus bolsas de palos (conducta que nunca pude observar entre los golfistas). Se trata de una jornada cuasi “carnavalesca”, donde se operan sobre el espacio nuevas significaciones y nuevos usos. Puesto en los términos de Bajtín, *“a diferencia de la fiesta oficial, el carnaval era una especie de liberación transitoria, más allá de la órbita de la concepción dominante, la abolición provisional de las relaciones jerárquicas, privilegios, reglas y tabúes. Se oponía a toda perpetuación, a todo perfeccionamiento y reglamentación, apuntaba a un porvenir aún incompleto (...) En las fiestas oficiales las distinciones jerárquicas se destacaban a propósito, cada personaje se presentaba con las insignias de sus títulos, grados y funciones y ocupaba el lugar reservado a su rango. Esta fiesta tenía por finalidad la consagración de la desigualdad, a diferencia del carnaval en que todos eran iguales y donde reinaba una forma especial de contacto libre y familiar entre individuos normalmente separados en la vida cotidiana por las barreras infranqueables de su condición, su fortuna, su edad y su situación familiar. [En el carnaval] la alienación desaparecía provisionalmente. El hombre volvía a sí mismo y se sentía un ser entre sus semejantes”* (Bajtín, 1989).

Esta caracterización de la fiesta popular en el Renacimiento delineada por Mijail Bajtín, se ajusta bastante bien a los cambios que se operan en un campo de golf el día en que “cierra el club”. En este sentido, y para concluir este apartado, podemos sostener que en un club de golf se estructuran un conjunto de mecanismos endógenos de segregación espacial, los cuales se organizan en torno a la variable extracción socio-ocupacional, y son fundamentalmente de dos tipos: *mecanismos de segregación sincrónicos* –cotidianamente diferentes lugares son asignados a diferentes agentes-; y *mecanismos de segregación diacrónicos* – los mismos lugares son asignados a diferentes agentes de acuerdo con el día-.

EL NODO Y LA RED: LAS ARTICULACIONES DE DIFERENTES ESCALAS

Para delinear una caracterización espacial del club de golf en todas sus dimensiones, debemos analizarlo en su relación con el contexto en el que se encuentra inserto, atendiendo especialmente a los circuitos y las redes que integra y que contribuye a reproducir. Veamos.

El predio del club que estamos analizando se encuentra emplazado a veinte cuadras de un camino de importante circulación. De modo que su ubicación facilita el acceso de jugadores que provienen tanto de la ciudad de Tres Cristos como de Capital Federal y de otras zonas del conurbano bonaerense.

Su extenso perímetro linda con: el predio que posee el Athletic Fútbol para el desarrollo de sus actividades, casas de fin de semana, residencias permanentes, una urbanización cerrada, algunas calles pequeñas de City Bell y con unos barrios humildes de casillas de chapa.

Para acceder al golf existe una sola entrada pública. No hay guardia de seguridad ni portero que regule las admisiones como en otros clubes más exclusivos. Un cartel de tres metros cuadrados ubicado a dos cuadras del golf indica que el club es de libre acceso y cuenta con una confitería abierta al público (aunque momentáneamente el cartel fue retirado, probablemente para cambiar los sponsor que habían hasta el momento las dos empresas de gaseosas que más facturan en el país).

Podría sostenerse, entonces, que formalmente el acceso al club es libre. Sin embargo, si analizamos su plantilla de socios y estudiamos su funcionamiento cotidiano, vemos que existen por lo menos tres barreras al libre acceso y utilización de la institución (tanto en lo referido a sus instalaciones físicas, como al ingreso a la membresía): 1) *barrera material*: acceden al club quienes tienen una posición social que les permite afrontar los costos del “ingreso”, la “mensualidad” y el “green fee”,⁸ o bien, que pueden solventar el costo de una cena en la confitería del golf si son simplemente visitantes; 2) *barrera institucional*: para ser socio del club, la persona debe ser presentada por otros dos socios;⁹ y 3) *barrera cultural o simbólica*: para figurarse la posibilidad de jugar al golf o cenar en un club de golf, estas alternativas deben formar parte del repertorio simbólico de preferencias de un determinado agente, o puesto en los términos de Bourdieu, deben ser elementos constitutivos de su *habitus*, (Bourdieu, 1991).¹⁰

En términos conceptuales el club de golf integra el circuito de la economía del ocio y el esparcimiento, articulando entorno suyo un conjunto de agentes y estructuras sociales. De este modo, se puede observar cómo la confluencia en un mismo espacio de sociabilidad, con la regularidad y la proximidad de las interacciones que ello implica, promueve un entramado de lazos sociales de diversa índole entre los agentes implicados: lazos económicos (relaciones de negocios); afectivos y de alianza (casamientos entre jugadores y sus descendientes); culturales (intercambios simbólicos, influencias en el gusto y el estilo), políticos (acumulación de capital político para diversos fines como elecciones en colegios profesionales, etc.).

Sin embargo, hay que destacar que los circuitos que se estructuran en torno a un club de golf entre el “adentro” y el “afuera”, no son solamente los de la elite (que gozan de mayor visibilidad), sino también los de los agentes de baja extracción social que se desempeñan como caddies. Así vemos que se van encadenando por

lo menos dos circuitos de interacción exterior-interior, que se intersectan en algunos puntos: por un lado, se encuentra el circuito de las posiciones sociales dominantes que encadena empresarios, políticos, profesionales, comerciantes, etc. (articulando conjuntamente las estructuras que estos agentes actualizan, sean empresas extranjeras o bufetes de abogados locales, por poner algún ejemplo usual); y por el otro, los jóvenes que se acercan al club a ver si “sale alguna changa”.

Estos circuitos se intersectan muchas veces en relaciones de tipo clientelar o “reciprocidades” cómo prefieren llamarlas los antropólogos, que trascienden el “contrato laboral”; es decir, la tarea de cargar con la bolsa de palos de un determinado golfista a cambio de un monto determinado de dinero. A través de estos vínculos extra laborales, los agentes que ocupan las posiciones dominantes, es decir -los golfistas-, ofrecen beneficios (atención médica, transporte, asesoramiento legal, vestimenta para sus hijos) a quienes ocupan las posiciones dominadas -los caddies-, a cambio de una lealtad en sus servicios (deben mantenerse como caddies del mismo patrón, y pueden llevar la bolsa de otros jugadores sólo cuando su patrón no está en el club).

Estas redes de interacción que se constituyen en torno al club de golf, y que son producidas y reproducidas por éste, se caracterizan, entre otras cosas por estrechar relaciones entre agentes y estructuras que operan a diferente escala. Como sostiene Sonia Barrios, “... existe lo que se podría llamar una clara división funcional del trabajo entre quienes operan en el espacio virtual y quienes lo hacen en el espacio real. En otras palabras, mientras la virtualidad constituye una condición básicamente económica, la territorialidad se inscribe en el campo de lo social, de la vida colectiva y, por extensión, de la vida política”, (Barrios: 36).

Estos dos planos, que Barrios tematiza –retomando a Castells pero obviando llamativamente toda referencia al trabajo pionero de Bauman-¹¹ se yuxtaponen claramente en el espacio que estamos estudiando. El club de golf funciona como un espacio local, de escala micro (cuyo funcionamiento depende del rutinario trabajo de los empleados locales que cortan el césped de los “greenes”, por poner un ejemplo) que promueve los intercambios y las interacciones de los agentes que operan en el espacio virtual, a escala global. Es decir, que podemos observar concretamente cómo un espacio microsocioal de escala local, que se encuentra emplazado en un país periférico y cuyo funcionamiento depende de la actividad de agentes no globalizados, anclados a la vida del territorio local, se convierte en un escenario donde se estructuran relaciones entre agentes locales, y otros que proceden de los circuitos globales.

Así, este espacio de ocio y esparcimiento funciona como una suerte de nodo local que potencia y redirecciona los flujos de la “ciudad global”. Se trata de un espacio territorial privilegiado para observar el impacto local del creciente proceso de globalización. Como sostiene Milton Santos, en la actualidad es imposible analizar un fenómeno local sin estudiar su inserción en la escala global. “El mundo está organizado en subespacios, articulados dentro de una lógica global. Ya no

podemos hablar más de circuitos regionales de producción. Con la creciente especialización regional y los innumerables flujos de todo tipo, intensidad y dirección, tenemos que hablar de circuitos espaciales de producción”, (Santos: 49).

En este sentido, cabe sostener que los selectos clubes de golf operan como piezas destacadas del rompecabezas que componen las comunidades transnacionales. Aquí confluyen actores sociales que viven en permanente flujo, entre otros motivos, porque forman parte de las cúpulas dirigenciales de empresas transnacionales,¹² (o, en otros términos, son agentes sociales que actualizan algunas de las estructuras que cimientan los procesos de globalización). Queda como una tarea pendiente la de reconstruir la productividad social de estos archipiélagos locales del esparcimiento global, en relación con la posibilidad de acumulación de diferentes especies de capital -económico, político, cultural o social-. Hasta aquí sólo podemos esbozar algunas conjeturas que deberán ponerse en consideración en la medida en que se profundice el trabajo de campo.

RURALIDAD IDÍLICA: ¿PAISAJE O ESPACIO HABITADO?

Finalmente, resulta interesante reflexionar desde una perspectiva geográfica sobre los motivos por los cuales los clubes de golf podrían haberse constituido en la década del '90 en el escenario de algunos de los fenómenos a los que hicimos referencia en los apartados anteriores.

De acuerdo con Maristella Svampa, en los años noventa se operó sobre la Argentina un proceso de creciente privatización de las diferentes esferas de la vida social, hasta el punto en que el concepto clásico de ciudadanía como un atributo comunitario y público, dejó su lugar a otro tipo de ciudadanía, de índole privada y restringida. Este proceso de privatización se expresó, entre otras cosas, en las opciones residenciales de los estratos ascendentes y superiores, que eligieron la segregación espacial de los *countries* y los barrios cerrados como un nuevo estilo de vida. Entre los posibles motivos que habrían orientado esas elecciones se encontraba el imaginario mediático que instalaba el “estilo de vida verde” y la “ruralidad idílica” como ideal de distinción social. *“La distinción, esto es, aquello que es considerado como ‘legítimo’ [...] continúa haciendo referencia al estilo de vida de la elite oligárquica, tradicionalmente asociada al campo [...]. En un primer nivel, amplio y más masivo, se halla el ‘estilo de vida verde’, que imita el de las clases medias-altas suburbanas norteamericanas, y que apunta a las clases medias y medias-altas; en un segundo nivel, asoma un estilo más selecto, añorado y ‘exquisito’, propio de la ‘ruralidad idílica’, que alude a la vinculación con el pasado rural del país”, (Svampa: 125-126).*

Pues bien, el imaginario de la vida verde y apacible también se pone en juego en torno a los clubes de golf y a la práctica de dicho deporte. Sin embargo, desde un punto de vista territorial, resulta interesante reparar en que la naturaleza que garantizaría la satisfacción de ese afán bucólico es en, un campo de golf, una

naturaleza estrictamente artificial. El césped, los bosques de árboles, los arroyos y las lagunas del campo del juego, no son “naturales” sino productos de la cultura. Como hemos visto, las canchas de nuestro club de golf vienen siendo modeladas y reconstruidas por el trabajo del hombre, desde hace treinta años (en una primera etapa, sin demasiada planificación; y en una segunda etapa, siguiendo las pautas de un plan maestro diseñado por una compañía especializada en la construcción del canchas de golf).

Como sostiene Milton Santos, *“el paisaje es cosa, la espacialización es funcional y el espacio es estructural [...] El espacio es igual al paisaje, más la vida que existe en él; es la sociedad acoplada en el paisaje, la vida que palpita conjuntamente con la materialidad. La especialidad sería el momento de las relaciones sociales georafizadas, el momento de la incidencia de la sociedad sobre una determinada disposición espacial”*, (Santos: 70).

En definitiva, podemos concluir que una cancha de golf es un territorio que se presenta estratégica y deliberadamente como un “paisaje” –es decir, como un producto de la naturaleza- para atraer a un segmento de consumidores de “alta gama”; mientras que, desde una perspectiva geográfica, podemos sostener que en verdad se trata de un “espacio habitado”, es decir, de un paisaje que ha sido colonizado por la actividad del hombre y es gobernado por la cultura.

CONSIDERACIONES FINALES

“Un paisaje es una escritura sobre otra, es un conjunto de objetos con edades diferentes, una herencia de muchos momentos diferentes” (Santos: 64). Lo mismo ocurre con el espacio habitado, solo que aquí los indicios que nos brinda el territorio son vestigios que documentan las diferentes cristalizaciones de la actividad del hombre sobre su entorno.

De este modo, los vestigios del hacer humano que pueblan el espacio de nuestro club de golf, se nos fueron presentando como deícticos relevantes para reconstruir la historia social del club, así como también, para acceder a los perfiles socio-ocupacionales de sus fundadores; pudiendo conocer de este modo el linaje cuasi-plebeyo y de clase media que se estaría expresando en la genealogía del club. En definitiva, al interpelar desde una perspectiva geográfica a este espacio de sociabilidad, nos encontramos con que se presenta como una suerte de palimpsesto, puesto que si hurgamos entre los signos que nos ofrece el territorio, podemos descubrir nuevos datos sobre el entramado de relaciones sociales y las estructuras de poder que ordenan la vida cotidiana del club.

Como hemos visto, el estudio de la dimensión espacial de esta institución revela que existe una fuerte homología entre el espacio social y el espacio geográfico (Bourdieu, 1990: 286), de tal modo que las distintas variantes endógenas de segregación espacial simbolizan, producen y reproducen las diferencias sociales de los agentes. Como sostiene Ramiro Segura, *“al hablar del espacio [se] habla*

también de otra cosa: [se] simbolizan las relaciones de poder y las desiguales posiciones sociales de distintos actores asociados a un determinado espacio”, (Segura: 12).

Al lado de los mecanismos de segregación espacial que operan internamente en torno al club de golf, intentamos demostrar cual es la funcionalidad de esta institución deportiva en el contexto actual de creciente globalización. De este modo, pudimos observar cómo un espacio micro-local es capaz de constituirse en el nodo de articulación de agentes y estructuras que operan en diferentes escalas, incluso en el escenario virtual de la ciudad global.

Finalmente, a partir del análisis del carácter “inventado” que presenta el “paisaje” típico de un campo de golf, intentamos señalar una serie de elementos que nos permitieran entender la expansión de los discursos apologéticos de la “vida al aire libre” y la “ruralidad idílica”, en torno a los clubes de golf y las urbanizaciones cerradas, en el contexto cada vez más radicalizado del “declive el hombre público” (Sennet, 2002). En efecto, el estilo de vida segregado fue motorizado discursivamente por el dispositivo del marketing a través de la presentación de un conjunto de espacios eminentemente artificiales, como si fueran verdaderos oasis naturales; es decir, posibles “huidas” o “escapes” del desierto técnico y deshumanizante que representaría la ciudad moderna y su estilo de vida urbano.

Para terminar, debemos explicitar que hemos encarado deliberadamente este trabajo desde una perspectiva analítica “objetivista”, atendiendo especialmente al plano estructural de las disposiciones espaciales y sus efectos sobre las prácticas de los agentes. Queda pendiente para futuras indagaciones el abordaje de nuestro objeto de estudio desde una perspectiva analítica que se interroga por la agencia, y que intente dar cuenta fundamentalmente de las significaciones que los sujetos asignan al espacio en que interactúan; es decir, de sus `mundos vividos` (Wacquant, 2001).

BIBLIOGRAFÍA

BAJTIN, Mijail (1989): *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento. El contexto de Francois Rabelais*, Alianza Editorial, Madrid.

BARRIOS, Sonia (2000): “Las metrópolis al principio del nuevo milenio: una agenda para el debate”, en TORRES RIBEIRO, Ana Clara (comp.), *Repensando la experiencia urbana de América Latina: cuestiones, conceptos y valores*, CLACSO, Buenos Aires.

BOURDIEU, Pierre (1990): *Sociología y cultura*, México, Grijalbo.

BOURDIEU, Pierre (1991): *El sentido práctico*, Madrid, Taurus.

BOURDIEU, Pierre (1993): "Deporte y clase social", en *Materiales de sociología del deporte*, Ediciones de La Piqueta, Barcelona.

McNULTY, James (2001): *Business golf: the art of building business relationships on the links*, Career Press.

SANTOS, Milton (1996): *Metamorfosis del espacio habitado*. Oikos-Tau, Barcelona.

SEGURA, Ramiro (2006): "Segregación residencial, fronteras urbanas y movilidad territorial. Un acercamiento etnográfico", en *Cuadernos del IDES*, N° 9, Julio.

SENNET, Richard (2002): *El declive del hombre público*, Ediciones Península, Barcelona.

SVAMPA, Maristella (2005): *La sociedad excluyente. La argentina bajo el signo del neoliberalismo*, Taurus, Buenos Aires.

VARDON, H. y HAGEN, W. (2001): *The Complete History of Golf. Let the Game Begin (1100-1916)*, Vol.1, Mpi Media Group, U.S., 2001.

WACQUANT, Loïc (2001): *Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad de a comienzos del milenio*. Manantial, Buenos Aires.

¹ Las identidades de nuestros informantes así como los nombre de la localidad han sido modificados por razones de confidencialidad.

² Los nombres de ambas instituciones han sido modificados para resguardar identidad de los informantes que me han confiado su palabra.

³ En la actualidad el caddy es la persona que el golfista "contrata" para que cargue con su bolsa de palos y lo asesore durante la partida de golf. El caddy es considerado un elemento constitutivo de este deporte, no sólo por convención, sino por las regulaciones formales específicas que en nuestro país se encuentran codificadas en el Reglamento de la Asociación Argentina de Golf 2004-2007, aprobado por The Royal & Ancient Golf Club of St. Andrews. La figura del caddy se remonta a los orígenes del golf moderno, es decir, a los siglos XV y XVI en Escocia (aunque también pueden rastrearse en el golf influencias de ciertos juegos practicados en los Países Bajos; de hecho, se presume que la palabra "golf" deriva del vocablo holandés kolf que significa palo. Algunos sostienen que ya los romanos practicaban un juego que consistía en golpear con un palo curvo una bola hecha de plumas). En el siglo XVI el golf ingresó a Inglaterra y se tornó muy popular entre la nobleza, siendo María Estuardo I quien se encargó de introducirlo en Francia. Este dato resulta de interés porque determina el surgimiento del vocablo caddy, que proviene del francés cadet: nombre dado a los servidores militares de la nobleza, cuyo nuevo significado surge con el furor de las cortes británicas y francesas por el juego del golf, cuando los asistentes militares de la reina debieron asumir la inusitada tarea de cargar con el equipo de juego de su señora (Vardon y Hagen, 2001).

⁴ El *clubhouse* es la edificación central de los campos de golf, donde están las oficinas administrativas, la confitería, la sala de juegos, la "guardería de palos", los vestuarios, y en algunos casos, los dormitorios para hospedar a los aficionados visitantes.

⁵ Esta expresión nativa ilustra el carácter informal de la relación laboral que se establece entre el caddy y el jugador, aunque no cubre semánticamente otros aspectos de la antedicha relación, que en muchos casos incluye elementos paternalistas muy duraderos.

⁶ Conversación con Jorge en julio de 2003.

⁷ Resulta ilustrativa una conversación mantenida con un jugador de golf que no era socio del club, sino que venía a jugar esporádicamente. Mientras me acercaba en su auto hasta el camino principal que conectaba al

club con las localidades aledañas, me manifestó categóricamente que “*el problema de este club es que es muy democrático con las mujeres*” (Diciembre, 2005). En esta misma dirección, un mexicano que se encontraba de visita en el club me expuso su teoría sobre el origen etimológico de la palabra *golf*. Según este informante *golf* sería la sigla de “*Gentlemen Only, Ladies Forbidden*”, cuya traducción sería “sólo para hombres, prohibido para damas”. Interesa aquí reparar, más que en la validez del dato, en la verosimilitud que esta definición tiene para el nativo, ya que ilustra el elemento sexista que está instalado en torno al *golf*.

⁸ El “*green fee*” es el derecho que se paga, cada vez que se juega, por la utilización de la cancha de *golf*.

⁹ Como nos comentaba en una entrevista un alto directivo “*Acá eh... [carraspea] el socio tiene que ser presentado por dos socios. Pero, pagando los 3000 pesos, eh... si la persona es decente y bien querida no hay ningún problema en ingresar*”. (Entrevista a Jorge, 28-8-06).

¹⁰ Queda por explorar el complejo proceso cultural y massmediático a través del cual se fue estructurando (probablemente durante los años de consumo ostentoso de la década pasada) un *habitus* que asocia *golf*, ascenso social y distinción.

¹¹ Nos referimos a BAUMAN, Zygmunt, 1999. *La globalización. Consecuencias humanas*, FCE.

¹² Resulta interesante tomar en cuenta que existe una amplia bibliografía que trabaja sobre la idea que la práctica de *golf* facilita el éxito en los negocios. (Ver por ejemplo, McNULTY, 2001)